



Un memorial de Pablo

INTRODUCCIÓN

Estimado cohermano Paulino:

Tenemos la alegría de compartir el mismo Padre, el apóstol Pablo, y el compromiso de ser sus continuadores en el comienzo del nuevo siglo, después de recibir el gran regalo de la beatificación de nuestro Fundador. El P. Santiago Alberione afirmaba que tenemos necesidad de santos que nos precedan en este camino todavía no roturado como camino de santidad. La beatificación del P. Timoteo Giaccardo y del P. Santiago Alberione evidencian que este es un camino de santificación como tantos otros y, para nosotros, “el camino”, “nuestro camino”. Para ello estamos invitados a mirar al apóstol Pablo, inspirarnos en él, ser oportunos “San Pablo vivo hoy”.

Pablo murió entre los años 64 y 68 de nuestra era. Si viviese hoy, ¿qué haría? En el siglo pasado alguien dijo que si nuestro Padre viniese de nuevo al mundo sería periodista. ¿Tú concuerdas? ¿Concuerdas que no podemos simplemente repetir esquemas, sino hacer revivir el espíritu? Si nos limitásemos a repetir esquemas, ¿no estaríamos enyesando o momificando a nuestro Padre?

En el comienzo de su actividad, Jesús se presenta en la sinagoga de Nazaret y lee el capítulo 61 de Isaías. Después de cerrar el rollo y sentarse para enseñar, proclama: “*Hoy se cumple este pasaje de la Escritura que acabáis de oír*” (cf Lc 4,14-21). El “hoy” representa la plenitud, el coronamiento. Es como si aquel texto de Isaías hubiese estado cinco siglos esperando su plena realización. Cuando Jesús dice “hoy”, este texto llegó a su mayoría de edad y a su plenitud.

Te pregunto si no nos está sucediendo lo mismo cuando afirmamos tener como objetivo ser san Pablo *vivo hoy*. Estas dos palabras -vivo y hoy- son nuestro desafío y meta a alcanzar. El comienzo de este milenio tiene sus peculiaridades y exigencias. Ningún *hoy* es como ayer, y si queremos ser fieles al Fundador que deseaba hacer algo bueno para las personas del nuevo siglo, debemos estar atentos a las llamadas y características de este *hoy* de nuestra historia. Infidelidad o indiferencia al *hoy* significa infidelidad o indiferencia a Pablo, a Alberione, al carisma, a nuestro específico camino de santidad.

Siguiendo el modelo de nuestro Padre escritor de cartas a sus comunidades, deseo compartir contigo, estimado cohermano Paulino, mis intuiciones y conocimientos acerca del apóstol Pablo en forma de carta, en un estilo coloquial y fraterno, del agrado de nuestro Padre y cercano al modo de comunicarse de los primeros Padres de la Iglesia. Intencionalmente he dejado de lado, en este escrito, el lenguaje erudito y sofisticado, para comunicarte algo que pueda ayudarnos en la común tarea de ser “San Pablo vivo hoy”.

Pablo hace valer su título de apóstol solamente cuando ello era estrictamente necesario. En vez de imponerse y mostrarse superior a los otros, ciertamente prefería ver en los otros “amigos”, “colaboradores”, “compañeros de lucha”, “hermanos” (cf Flm 1,1-2). En vez de imponerse, prefería pedir por amor (cf Flm 1,9). Esperaba que actuando despojadamente no fuese mal entendido o menos amado (cf 2Cor 12,15). Ojalá nosotros también consigamos alcanzar este objetivo.

Escogí como título “Un memorial de Pablo”. La palabra “memorial” es más pertinente que “memoria”. Esta, en cuanto ligada a la filosofía griega, puede ser simple recuerdo de un pasado distante y tal vez irrecuperable, sin embargo “memorial”, concepto bíblico-semítico, supone revivir hoy aquello que se recuerda. Como dice una canción de mi tierra: “Recordar es vivir”. En otras palabras, para entender que “memorial” es revivir hoy algo que ya fue vivido en el pasado, piensa en la eucaristía, en la cual revivimos y actualizamos el misterio central de nuestra fe. Eucaristía es memorial, y memorial es también el propósito de este texto.

En los siguientes pasos, aunque sin un orden riguroso, podrás descubrir las “cuatro ruedas” del “carro paulino”.

PASOS DE UN MEMORIAL PARA SER SAN PABLO VIVO HOY

1. Pablo, modelo de persona consagrada

Tú sabes, querido cohermano Paulino, del gran aprecio de nuestro Fundador por el apóstol Pablo, patente en todos sus escritos y actividades. Él nos lo propuso como modelo y Padre. La Coronita es ciertamente el texto en que el P. Alberione mejor expresó su pensamiento acerca del apóstol Pablo. De hecho, ahí tenemos la gran síntesis de quien fue Pablo para él y de lo que el apóstol representa para nosotros.

Ciertamente concordarás conmigo en este aspecto. El P. Alberione trataba a Pablo y sus escritos con una libertad e intimidad tal que era capaz de ver en ellos cosas que la mayoría de las personas no ven. Son actitudes de los hombres de Dios que superan la medida rígida y la mirada crítica del especialista o erudito. Te digo esto porque, rigurosamente hablando, Pablo y la vida consagrada -tal como se presenta hoy- no son la misma cosa a los ojos críticos del especialista. Por el contrario, todas las cosas de la Biblia atribuidas a la vida consagrada, en verdad están dirigidas en primer lugar a la formación del cristiano común, y no específicamente del religioso.

A pesar de conocer esto, es sorprendente la intimidad y la familiaridad con que el P. Alberione se aproxima a Pablo. De hecho, lo presenta como modelo de persona consagrada; es decir, viviendo como Pablo vivió, los Paulinos del tercer milenio seremos auténticos consagrados.

Como decía, el texto más pertinente en este sentido es la coronita a san Pablo. Pienso que sus cinco puntos condensan lo mejor de Pablo para nosotros. Los cinco puntos tienen el mismo esquema: alabamos a Jesús por haber realizado X en Pablo; nos dirigimos a Pablo, pidiéndole que nos obtenga lo que Jesús realizó en él. Los puntos con sus temas son estos: 1. Conversión; 2. Castidad (en el texto más antiguo consta la palabra “virginidad”); 3. Obediencia; 4. Pobreza; 5. Misión.

Habrás advertido como en los puntos 2-4 aparecen nítidamente los “consejos evangélicos” (castidad, obediencia, pobreza). Además, el primer tema (la conversión) es el punto de partida de todo el itinerario apostólico de Pablo. ¿No será también por esto por lo que en nuestras capillas tenemos siempre una llamada a la conversión? Pablo, por tanto, es presentado como un convertido que profesa los consejos evangélicos.

Indudablemente Pablo no profesó los consejos evangélicos como nosotros, pero el Fundador, en la petición final de cada punto de la Coronita, nos estimula a ser “San Pablo vivo hoy”, a semejanza de Pablo consagrado.

Presiento en la disposición de los puntos de la Coronita una tensión hacia el punto final y culminante, la misión. Pienso que se pueda afirmar que, como Pablo, nos convertimos *continuamente* (“*poenitens cor tenete*”) y profesamos los consejos evangélicos en vista de la misión. Esta es, por tanto, la razón y la meta de nuestro proceso de conversión y de la práctica de los votos religiosos. Ello me lleva a preguntarte si es posible, sin un proceso continuo de conversión, ser fieles a la misión paulina hoy. Más aún, si es posible ser Paulino sin hacer convergir todo para la misión.

Tal vez ya hayas oído hablar de la conversión de Pablo como de un proceso lento, y no como un acontecimiento puntual de la manera como es presentada en las tres narrativas de los Hechos de los Apóstoles (capítulos 9, 22 e 26. Desde el punto de vista literario, son más narrativas de vocación que de conversión. Se basan en conocidas narrativas bíblicas de vocación). Su conversión aconteció poco a poco, en contacto con las nuevas realidades y las nuevas culturas, concibiendo una nueva visión del mundo, de las personas, de las cosas y también de Dios. También algo semejante acontece con nosotros: cuanto más contactos tengamos con el mundo de hoy -con sus valores y contravalores- más nos sentiremos interpelados, más urgente percibiremos la necesidad de nuestra misión.

2. Formado en Cristo siervo

Estimado cohermano Paulino, el memorial de nuestro Padre se completa con algunos puntos que sintetizan, a mi modo de ver, su espiritualidad, o sea, el dinamismo interno que le llevó a consagrar toda la vida a una causa. De ello hablaremos a continuación.

Cuando Pablo pregunta lo que debe hacer y se dispone a cumplir órdenes (cf He 9,6), asume la condición de siervo. Es siervo también en sentido social, o sea, poniéndose materialmente en la condición de no-remunerado, pobre, contento en cumplir la voluntad de su Señor.

Estamos habituados a considerar mucho al Pablo Apóstol y poco al Pablo Siervo. Tengo la impresión de que Pablo se siente más a gusto con el segundo título que con el primero. Usa “apóstol” solamente en contextos especiales. Y muestra el lugar social del apóstol, identificándolo con el de siervo (cf 1Cor 4,9-13). Siervo de Jesucristo (cf Rom 1,1; Flp 1,1) y servidor (*diakonos*) de las comunidades (cf 1Cor 3,5).

Un texto importante en cuanto al “servidor” de las comunidades es 1Cor 9,15-23. Servidor es alguien que actúa en la gratuidad, considerándose deudor de todos (cf Rom 1,14).

Ser servidor de todos tiene sus consecuencias, y tenemos una elocuente demostración en algunos textos que merecen profundizaciones posteriores: 1Cor 4,9-13; 2Cor 4,7-12; 11,21b-29.

La espiritualidad de Pablo servidor se refleja en la de Jesucristo siervo

obediente hasta la muerte en la cruz (cf Flp 2,6-11; texto basado en Is 52,13-53,12, el cuarto canto del servidor). El tema “Pablo servidor” se torna más claro si establecemos el siguiente cuadro comparativo dentro de la carta a los Filipenses:

<i>Status de Jesucristo:</i> Igualdad con Dios (2,6)	<i>Status de Pablo:</i> Fariseo irreprochable (3,5-6)
<i>Opción de Jesucristo:</i> Vaciar (2,7)	<i>Opción de Pablo:</i> Vaciar, perder todo, basura (3,7-8)
<i>Resultado de la opción de Jesucristo:</i> Hacerse siervo (2,7) Obediente hasta la muerte (2,8)	<i>Resultado de la opción de Pablo:</i> Hacerse siervo (1,1) Dispuesto a morir (1,21-23)
<i>Resultado:</i> Glorificado con la resurrección (2,8-11)	<i>Expectativa de Pablo:</i> Corre en busca de la resurrección (3,10-14)

3. Un sacerdocio diferente

La coronita a san Pablo sugiere una radical igualdad dentro de nuestra Congregación, pues todos son llamados a ser como el Padre común en la diversidad de los dones y en la unidad del carisma. Puedes preguntarte a partir de la Coronita, ¿dónde está la diferencia entre sacerdotes y discípulos? No existe. Somos una comunidad de iguales: los cinco puntos de la Coronita se aplican a cada persona.

Rigurosamente hablando, Pablo era un laico. Tal vez nunca hayas dado gran importancia a este hecho. Con todo, si admitimos que el sacerdocio ministerial viene directamente de los apóstoles que recibieron el mandato de Jesús en la última cena, tenemos por delante algunas cuestiones provocadoras.

Sin entrar en el mérito de la cuestión -nuestro objetivo no es polemizar ni discurrir sobre el ministerio ordenado- pienso que sea oportuno reflexionar sobre un texto olvidado de Pablo; olvidado por nosotros, no ciertamente por el P. Alberione. Se trata de Rom 15,16, y pienso que todo Paulino debería tenerlo siempre delante de los ojos, grabado en su alma, pues es el más claro texto en presentarnos un sacerdocio diferente, el sacerdocio de Pablo. Otros textos que van en esa dirección son Rom 1,9; Flp 2,17 y también es importante recordar 1Cor 1,17.

Entre otras cosas, en el capítulo 15 de la carta a los Romanos Pablo traza planos para nuevos campos de evangelización (pretende hacer de Roma un trampolín para llegar a España). No habla de ello, pero en Asia no existe más campo de acción, y busca ser coherente con su principio de no recoger donde otros sembraron, o sea, de ser un pionero y desbravador (cf 2 Cor 10,15-16).

Escribe a los romanos alrededor del año 56, unos veinte años después de su “conversión”. De acuerdo con los Hechos de los Apóstoles, está listo para regresar del tercer viaje, después de fundar muchas comunidades (ciertamente más numerosas que las citadas en el libro de los Hechos de los Apóstoles) y escribir la mayoría de sus cartas (o por lo menos las más importantes). Su escrito, por tanto, no tiene las connotaciones de un disparo al aire; por el contrario, es la confirmación de una certeza, la certeza adquirida en sus veinte años dedicados a la evangelización. Escribe en griego diciendo:

εἰς τὸ εἶναί με λειτουργὸν Χριστοῦ Ἰησοῦ εἰς τὰ ἔθνη, ἱερουργοῦντα τὸ εὐαγγέλιον τοῦ θεοῦ, ἵνα γένηται ἡ προσφορὰ τῶν ἐθνῶν εὐπρόσδεκτος, ἡγιασμένη ἐν πνεύματι ἁγίῳ.

Traducción: “*Soy ministro de Cristo Jesús entre los paganos, y mi tarea sagrada (literalmente “desempeñando una función cultural”) consiste en anunciar el evangelio de Dios, para que la ofrenda de los paganos sea agradable y santificada por el Espíritu Santo*” (Rom 15,16).

Llamo especialmente tu atención, querido cohermano Paulino, sobre un significativo detalle de este texto. Observa el lenguaje cultural, sacerdotal y, diría, eucarístico ahí presente. En primer lugar, el término “leitourgon”, de donde procede liturgia, y que se traduce por “ministro”. Pablo está presentando su “liturgia”, su “ministerio”. Él se autoproclama “leitourgon Christou Iesou”, o sea, ministro de Cristo Jesús con un destino preciso, “eis ta ethne”, es decir, todas las naciones, los que no conocen a Jesucristo.

La palabra “hierourgounta”, que se traduce como “función sagrada”, significa literalmente “servir como sacerdote”, y define aquello que Pablo entiende como esencia de su sacerdocio: anunciar el evangelio de Dios. Es una verdadera liturgia, con ofrendas presentadas a Dios y santificadas por el Espíritu. De hecho, el término “prospforá” (oferta, aquello que el sacerdote presenta) es propio del culto, y Pablo espera que esa oferta humana (los paganos) reciba el mismo cuidado que las ofertas sacrificiales: que sea aceptada (*euprosdektos*) y santificada (*hegiasmene*) por el Espíritu Santo.

Con un mínimo de esfuerzo, estimado cohermano Paulino, llegamos a la constatación de que Pablo se considera portador de un sacerdocio impar, diríamos “carismático”, no ordenado, que es la evangelización. Ejerce ese sacerdocio no en los templos o santuarios, sino entre las naciones; no celebra un rito en que se ofrecen a Dios ofertas comunes (pan y vino), sino una liturgia en que las ofrendas presentadas se resumen en la obediencia de los paganos a la fe. Un poco más adelante, Pablo afirma: “*No me atrevería a hablar de alguna cosa que Cristo no hubiera hecho por medio de mi, para llevar a los paganos a la obediencia con palabras y acciones, mediante el poder de milagros y prodigios y con el poder del Espíritu de Dios*” (Rom 15,18-19a). La obediencia de los paganos a la fe es el resultado del sacerdocio de Pablo. Él realizó su sacerdocio “en el mundo”, en las calles, en contacto con otras culturas y razas, anunciándoles a Jesucristo. Esta fue su liturgia, este es su sacerdocio, esta es su convicción después de veinte años en contacto con otras culturas y razas.

Con esto pretendo resaltar, querido cohermano Paulino, la existencia de un sacerdocio peculiar en nuestra Congregación, un sacerdocio que nos iguala a todos: el anuncio de Jesucristo a los que no han oído hablar de él. ¿Crees que los Paulinos nos sentimos portadores de este sacerdocio?, ¿hacemos de nuestra mesa de trabajo el altar de nuestro sacerdocio?

4. Formación multicultural

Estimado cohermano Paulino, ahora vamos a reflexionar sobre la formación multicultural de nuestro Padre. En primer lugar, conviene recordar que Pablo nació en la Diáspora, o sea, más allá de los límites territoriales de la Palestina del Nuevo Testamento. Los judíos nacidos en la Diáspora eran más propensos al reconocimiento de los valores existentes en otras culturas y realidades. Es verdad que Pablo se confiesa

“fariseo” (cf Flp 3,5), término que significa “separado”, pero pienso que se hizo fariseo por influencia de Gamaliel, su maestro (cf He 22,3). El autor de los Hechos de los Apóstoles dice que Pablo se declara “*fariseo e hijo de fariseos*” (He 23,6), pero ciertamente sabes que Lucas no es un biógrafo o historiador de Pablo. Prefiero pensar que optó por ser fariseo después que se trasladó para Jerusalén, con la finalidad de hacerse maestro con el maestro Gamaliel. El hecho de haber estudiado con Gamaliel es de gran importancia para la formación de Pablo, pues ciertamente aprendió de él, entre otras cosas, a ser tolerante y no intransigente. ¿Descubriste ya como Pablo es tolerante en sus cartas?

Los judíos de la Diáspora, a pesar de vivir como segregados dentro del imperio romano, eran potencialmente más tolerantes y abiertos a las otras culturas. El contacto inevitable y frecuente con lo otro, lo diferente, teniendo que hablar una lengua que no es la lengua patria, y otros tantos factores, configuran una nueva conciencia y una nueva mentalidad al respecto de todo: personas, cosas, mundo... Se puede garantizar que el judío de la Diáspora no piensa ni actúa exactamente como piensa y actúa un judío de Jerusalén. El judío de Jerusalén observa el mundo a partir de su pequeño mundo judaico, viendo en los otros un enemigo potencial, sobretodo si tenemos en cuenta la “religión” de lo puro / impuro. Para él, el ombligo del mundo es Jerusalén. Muy diferente es la visión del judío nacido en la Diáspora. Para este, el mundo no tiene ombligo. Esos detalles son importantes para nuestros días globalizados. ¿Te recuerdas de los tiempos en los que se decía: “Haced como se hace en Alba”?

Otro aspecto importante en la formación multicultural de Pablo es el hecho de haber nacido en una metrópoli, Tarso. (Aquí no valen disculpas si por casualidad naciste en una aldea, pues hoy el mundo está dentro de nuestra casa gracias a los medios). Como niño, adolescente y joven ciudadano de Tarso, Pablo tuvo contacto con otras culturas y modos de pensar. Basta recordar que en Tarso había escuelas filosóficas de grupos influyentes, como los estoicos, los cínicos y los epicúreos.

Pienso que no debemos despreciar este aspecto. De hecho, se leemos con atención las cartas que Pablo escribió, será posible detectar influencias de esas escuelas en sus escritos. ¿Cómo, por ejemplo, no reconocer el principio de la *ataraxia* de los estoicos en esta frase “*todo lo puedo en aquel que me fortalece*” (Flp 4,13) o el principio de la *autarcheia* en la misma carta, cuando dice: “*Aprendí a vivir en la necesidad y aprendí a vivir en la abundancia; estoy acostumbrado a todas y cada una de estas cosas...*”? (Flp 4,12). Lucas lo muestra en contacto con esas escuelas (cf He 17,18). Más adelante volveremos sobre el asunto, al hablar del lenguaje inculturado para las grandes metrópolis, escenario de la predicación de Pablo.

Desde su infancia, Pablo tuvo contacto con lo mejor en términos de formación cultural y académica. Basta recordar el papel de la sinagoga en la vida de todo niño judío, a partir de los cinco años comenzaba su contacto con las letras, de modo que, emancipado por el rito del *bar mizva*, pudiese leer en público la *Torá* y pronunciar la predicación. En términos de formación académica, Pablo tuvo acceso a lo mejor, o sea, podía frecuentar los grandes maestros de Jerusalén y aprender de ellos, sobre todo con Gamaliel. Además, Pablo se esmeró (o se ingenió) en las difíciles y complicadas sutilezas del pensamiento rabínico. Dos mil años después nos resulta difícil entender algunos párrafos de Gálatas y Romanos justamente porque ahí está lo mejor de la reflexión y del estilo rabínicos, cosas que la mayoría desconocemos y, por ello, no apreciamos.

La formación multicultural de Pablo se expresa también en el conocimiento y en el dominio de las lenguas. Todo idioma es asimismo portador de una cultura. Pablo ciertamente conocía sus lenguas maternas, el arameo y el hebreo. En su tiempo, ya no se hablaba el hebreo, pero los estudios realizados en Jerusalén suponían el conocimiento de la lengua del Antiguo Testamento. Hablando el arameo, conociendo el hebreo del Antiguo Testamento, escribiendo en griego y citando el Antiguo Testamento en su versión más antigua, la *Septuaginta*, podemos apreciar la versatilidad de nuestro Padre y su preparación para comunicarse dignamente. Siendo hombre de cultura semita, Pablo se expresa oralmente y por escrito en griego, citando la Biblia griega, señal de que la conocía tan bien o incluso mejor que la lengua original.

No sabemos si Pablo hablaba latín, la lengua del imperio romano. Hay razones para pensar que sí. Más importante aún que reconocerle como políglota, es ver a nuestro Padre como alguien que no tiene miedo del contacto con otras culturas; por el contrario, las conoce, las domina y se sirve de ellas para su objetivo específico, la evangelización.

De todo eso, querido cohermano Paulino, se deduce que la formación académica y cultural de Pablo no dejaba nada que desear. En los Hechos, Lucas lo muestra como un gran orador (por ejemplo, en He 17,22-31). Un poco más humilde, Pablo mismo reconoce que no es un buen orador, pero que lo compensa con un amplio bagaje de conocimientos: “*Si soy torpe de palabra, no lo soy de ciencia*” (2Cor 11,6a). No siempre le sirvió su amplio conocimiento. Parece que, con ocasión de la fundación de las comunidades gálatas, afrontó algunas dificultades de comunicación verbal provenientes del desconocimiento de algún dialecto. La cita siguiente parece que haya recurrido al lenguaje visual: “... *Vosotros que tuvisteis delante de los propios ojos una descripción clara de Jesucristo crucificado!*” (Gál 3,1b).

5. Ciudadano del mundo

Estamos tan acostumbrados a pensar en Pablo como ciudadano romano que corremos el riesgo de disminuir su “ciudadanía”. A mi entender, él fue más que un ciudadano romano. Fue un ciudadano del mundo, defensor de una ciudadanía igual para todos, sin discriminación oriunda de raza, clase social o género (cf Gál 3,28). Me parece un aspecto importante para nuestro mundo globalizado.

Una cuestión que preocupa a algunos estudiosos de Pablo, mi querido cohermano Paulino, es el hecho de que él nunca menciona su ciudadanía romana. Es Lucas quien lo presenta con el título de ciudadano romano (cf He 16,37) desde su nacimiento, o sea, título adquirido por su padre (cf He 22,25-29). Con todo, Pablo no menciona ese hecho en sus cartas. Probablemente sea Lucas, quince años después de la muerte de Pablo, quien le confiere ese título. Como se sabe, el autor de los Hechos de los Apóstoles presenta una visión pacífica de la relación de Pablo con el imperio romano, porque Lucas no ve en el imperio una amenaza para los cristianos.

En todo caso, parece extraño el padre de Pablo, que en la visión de Lucas era fariseo (cf He 23,6), sea portador del título de ciudadano romano, título extensivo al hijo.

Por esas y otras razones prefiero ver en nuestro Padre alguien que trasciende ese título, apareciendo como ciudadano del mundo. Eso se da, por ejemplo, si tenemos en cuenta su experiencia en Antioquía de Siria (cf He 11,19-26; 13,1-3), o el contacto con los helenistas, sus viajes y otros aspectos de su vida.

De acuerdo con los Hechos de los Apóstoles, Pablo hace en esa comunidad una especie de “aprendizaje” misionero antes de iniciar sus viajes al encuentro del mundo y de sus desafiantes realidades. Pablo hará de esa ciudad (entre las principales del imperio romano) y da comunidad existente en ella, su punto de partida y de llegada para sus viajes, participando con sus miembros los proyectos, las alegrías y las esperanzas.

El perfil de la comunidad cristiana de Antioquía de Siria es muy interesante y pronto descuella de los cristianos de Jerusalén. Más aún, esa comunidad es una especie de propuesta alternativa al reaccionarismo de algunos grupos de Jerusalén. En las cartas, Pablo apenas habla en una ocasión de Antioquía de Siria (cf Gál 2,11), pero es suficiente para mostrar la tensión entre dos modos de ver las cosas y de evangelizar. Dejemos, por tanto, que He 11,19-26 y 13,1-3 orienten nuestra reflexión.

El nacimiento de esa comunidad aconteció después de la persecución contra los cristianos en Jerusalén, provocada por la muerte de Esteban. Esteban parece ser el jefe del grupo de los judíos seguidores de Jesús de habla (y de cultura) griega, llamados helenistas (cf He 6,1; 9,26). Muerto su líder (cf He 6,8-8,1), se dispersan *fuera* del “territorio sagrado”, por Fenicia, la isla de Chipre y la ciudad de Antioquía de Siria. Primeramente intentan anunciar la Palabra a los judíos, pero luego se vuelcan en los paganos, personas que, en general, tenían las mismas raíces y cultura. De hecho, Lucas acentúa que la iniciativa de predicar a Jesucristo a los griegos parte de personas nacidas en Cirene (África) y Chipre. De acuerdo con esa indicación, hay personas de dos continentes, el africano y el asiático, de acuerdo con los criterios de entonces.

La iglesia de Jerusalén toma conciencia del hecho y envía una especie de “visitador”, Bernabé. Los Hechos no se pronuncian sobre las intenciones de la comunidad de Jerusalén al enviar a Bernabé a Antioquía de Siria, pero podemos por lo menos sospechar de desconfianza (más tarde, con la llegada de Pedro, cambia de actitud -fíjate en Gál 2,13- como si hubiese traicionado las expectativas de Jerusalén al enviarlo). Para Lucas, ahí está la primera comunidad surgida en el extranjero y por iniciativa de helenistas que dieron su adhesión a Jesús. Bernabé parece que quedó visiblemente impresionado con lo que vio. Los Hechos lo elogian, diciendo que era una buena persona, llena de Espíritu Santo y de fe.

En esa circunstancia, Pablo está en su ciudad, Tarso, y Bernabé lo sabe. Va a buscarlo y lo lleva a Antioquía de Siria, donde viven, conviven y trabajan con esa comunidad desde hace un año. El año de convivencia y de trabajo evangelizador en la gran ciudad parece que fue muy fecundo para Pablo y Bernabé. Los dos eran judíos, pero expresaron la propia fe en una comunidad “internacional” en la que convergían experiencias, vivencias y elementos culturales diferentes. Eso debió ser de capital importancia para la fermentación de lo nuevo, diversamente de lo que acontecía en Jerusalén, donde los seguidores de Jesús todavía estaban ligados al Templo, a la circuncisión, a la Ley, a los ritos judaicos y también a las prescripciones referentes a lo puro e impuro. En este sentido la comunidad de Antioquía de Siria se torna “alternativa” con relación a Jerusalén. En ella se respira aire nuevo, al paso que en Jerusalén no. Nunca se podrá insistir demasiado en las peculiaridades de esa comunidad en la gran ciudad pagana, fermentadora de lo nuevo y de lo alternativo. Y Pablo está ahí, aprendiendo, trabajando y compartiendo... No se puede olvidar el cambio de actitud de Pablo: hostil con motivo de la muerte de Esteban (cf He 6,8-8,1) y, ahora, de convivencia pacífica y de comunión con los helenistas.

Los Hechos de los Apóstoles afirman que en dicha ciudad y comunidad surge el primer (y definitivo) intento de identificar a los seguidores de Jesús, que comienzan a llamarse “cristianos”. La nueva identidad muestra que los seguidores de Jesús no son un apéndice del judaísmo. Sí, nacieron de él, pero ahora tienen identidad propia: son cristianos. Ese paso gigantesco aconteció en una comunidad “internacional”, en la que personas de realidades y culturas diferentes encontraron un denominador común, generador de identidad: son cristianos. Pablo tiene mucho que ver con dicha realidad. ¿Fue él el gran animador de todo o permaneció en la comunidad como aprendiz? No se sabe. Parece que pudo aprender tanto cuanto enseñar o, tal vez, haya aprendido más que enseñado.

La comunidad multicultural y multirracial de Antioquía (cf He 13,1) produjo efectos impensables. Si no fuese por ella (por iniciativa de los helenistas), el cristianismo, dejado únicamente a la responsabilidad de la comunidad de Jerusalén, tal vez hubiese muerto o permanecido como mero apéndice del judaísmo. Gracias a ella, con todo, y a su visión del mundo como cantera donde construir el cuerpo de Cristo, el cristianismo no tiene hoy fronteras geográficas, culturales ni raciales.

Los Hechos narran que en la comunidad de Antioquía de Siria había “*profetas y maestros*” (cf He 13,1). Justamente por medio de uno de esos “profetas” el Espíritu Santo pide separar a Bernabé y a Pablo para una misión especial (cf He 13,2b). El apelo del Espíritu no es algo mágico, pues él siempre actúa en la historia mediante personas. En Antioquía de Siria nace la misión más allá de los límites geográficos, culturales o raciales. Y Pablo estará empeñado en primera persona (viajes) y permanecerá para siempre ligado a esa comunidad.

Con todas estas informaciones y presupuestos entendemos, querido cohermano Paulino, que es restrictivo pensar en Pablo simplemente como ciudadano romano, y no considerarlo, como de hecho es, ciudadano del mundo. Las consecuencias parecen ser evidentes para nosotros: tenemos una vocación que trasciende las fronteras de la tierra que nos vio nacer. En este sentido, deberíamos considerarnos ciudadanos del mundo. Ciertamente, no se trata de poseer un pasaporte especial, sino de tener una postura y una visión internacionales, con la mirada puesta en un objetivo mayor, la evangelización.

6. Nueva forma de evangelizar: las cartas

Mi querido cohermano Paulino, si tuviésemos que dar noticia de cuantas son las comunidades fundadas por nuestro Padre, nos quedaríamos sin una respuesta exacta. Además de las conocidas por los Hechos de los Apóstoles, Pablo fundó otras comunidades, y ciertamente escribió otras cartas que se perdieron.

Las cartas, como se sabe, no son el primer paso en el proceso de evangelización iniciado por Pablo. Él acostumbraba visitar personalmente una región, privilegiando un gran centro urbano, sin tener que recoger donde otros sembraron (cf 2Cor 10,13-15; Rom 15,23-24). Cuando podía, visitaba personalmente las comunidades (cf He 15,36) o enviaba uno de sus colaboradores (cf 2Cor 8,16-18; 12,18). Solamente en este caso, o ante la imposibilidad de la visita de uno de sus colaboradores, Pablo envía una carta a la comunidad, tratando de profundizar, esclarecer, animar, exhortar, corregir, etc. (cf 1Tes 3,10).

Todas las cartas auténticamente paulinas (Rom, 1-2Cor, Gál, Flp, 1Tes y Flm) fueron escritas antes de que apareciesen los evangelios. Tradicionalmente se acepta que

el evangelio de Marcos haya surgido hacia el año 68, fecha límite para situar la muerte de Pablo (entre el 64 y el 68). Nota el detalle, querido cohermano Paulino: Pablo es el inaugurador del Nuevo Testamento escrito. Su primer texto, la primera carta a los Tesalonicenses, debió escribirse al comienzo del año 51. Ahí, con Pablo, surge el primer libro del Nuevo Testamento.

Más interesante aún es constatar como Pablo es creativo en el proceso de evangelización. Con propiedad podemos afirmar que fue pionero en la utilización de la *carta como medio de comunicación* entre él y las comunidades y también entre las comunidades entre sí (cf Col 4,16).

Evidentemente, nuestro Padre no es el inventor de la carta, medio de comunicación cuyo origen se pierde entre los misterios del pasado. Fue, en el lenguaje del P. Alberione, un hombre perspicaz que utilizó “los medios más rápidos y eficaces para hacer el bien”. Más aún, se le puede aplicar lo que Pablo VI dijo del Fundador, presentándolo como alguien que dio a la Iglesia nuevas formas de expresarse. Creo que no deberíamos olvidar este innovador aspecto de comunicación de nuestro Padre, si queremos ser san Pablo vivo hoy.

Parece oportuno caer en la cuenta, en relación con lo anterior, de como Pablo se sirvió de la red de comunicaciones creada por el imperio romano. Una de las características del imperio fue la abertura de las calzadas romanas interconectando los grandes centros urbanos de la época. Las calzadas servían, entre otros objetivos, para la locomoción rápida de las tropas de ocupación, para la recaudación rápida de los tributos y para la agilización de las comunicaciones entre las ciudades y provincias del imperio. A lo largo de las calzadas romanas, más o menos cada 30 kilómetros, había serdos puestos de correos, provistos de hospedería y de caballos para el recambio. Con dichos recursos las autoridades provinciales podían comunicarse por carta con una rapidez tal que envidiarían los correos contemporáneos.

Tengo la impresión, estimado cohermano Paulino, que Pablo se sirvió de esta red de comunicación para la evangelización, tanto en sus viajes como para comunicarse con las comunidades. Evidentemente, todo ello exigía la colaboración de algunas personas (cf Flp 2,19.25) y dinero. La redacción y el envío de una carta exigían una gran inversión económica. Aquí no es necesario demostrarlo.

Tengo la impresión de que Lucas, al describir los viajes de Pablo en los Hechos, quiso caracterizarlos uno por uno. Lo tomamos con cierta precaución, sabiendo que Lucas reconstruye a su modo una “teología de la misión”. El tercer viaje de Pablo (años 53-57 aproximadamente) es descrito en He 18,22-21,16, y terminamos sabiendo que Pablo, acostumbrado a no tener residencia fija (cf 1Cor 4,11), permanece cerca de tres años en la gran ciudad de Éfeso (cf He 19,10 y sobre todo He 20,31). Para Lucas, la característica del tercer viaje está ligada a Éfeso, capital de Asia, y al largo período que Pablo reside en ella: “... *todos los habitantes de Asia, judíos y griegos, pudieron oír la Palabra del Señor*” (He 19,10). Usando una imagen de nuestros días, Éfeso se convirtió, con la presencia de Pablo, una especie de gran torre de transmisión de la Palabra, de modo que de Éfeso eran creados imágenes y mensajes captados en toda Asia.

Lucas prácticamente ignora los conflictos que nuestro Padre afrontó en dicha metrópoli. Apenas habla de un tumulto (cf He 19,23-41), minimizando sus efectos y mostrando a Pablo retirándose de la ciudad después del mismo (cf He 20,1). Escribiendo a los corintios, Pablo refleja con colores vivos y fuertes los conflictos afrontados en la capital de Asia, dando a entender que los acontecimientos fueron más

duros: “*Si luché con las fieras en Éfeso con miras humanas, ¿de qué me sirvió?*” (1Cor 15,32a); “*Hermanos, no queremos que ignoréis las grandes dificultades que encontramos en Asia. Fue tan dura la prueba y tan por encima de nuestras fuerzas, que perdimos toda esperanza de sobrevivir. Sí, tuvimos como segura la sentencia de muerte, para que no confiemos en nosotros mismos, sino en Dios, que resucitará a los muertos. Él es quien nos libertó de aquel peligro mortal y nos seguirá librando. En él ponemos nuestra esperanza de que aún nos libertará de la muerte*” (2Cor 1,8-10).

La descripción de Pablo es más viva, cruda y dura. En razón de ello la mayoría de los estudiosos admite un cautiverio de Pablo en Éfeso, justificando así la exagerada demora de tres años en la ciudad. Con esta hipótesis apuntan Éfeso como el lugar donde fueron escritas algunas cartas del cautiverio (Flp, Flm y quizá Col y Ef).

Independientemente de lo anterior, el período de estadía de Pablo en Éfeso coincide también con la fecha en la que ciertamente fueron escritas otras cartas, como Gál, 1Cor y parte de 2Cor (si aceptamos la hipótesis de que 2Cor sea un acervo de por lo menos cinco cartas escritas en tiempos diferentes). Las cartas, por tanto, son parte esencial de la principal característica del tercer viaje.

Pero Pablo, ¿estuvo preso? Probablemente sí. Con todo, como se dice en un texto a él atribuido: “*La Palabra de Dios no está encadenada*” (2Tim 2,9b). Súmese el creciente grupo de colaboradores que Pablo poseía fuera de la prisión, capaces de imprimir gran dinamismo a la expansión de la evangelización (cf 1Cor 16,15-20; 2Cor 8,6.16; 12,18; Flp 1,14-18; 2,19.25; Ef 6,21-22; Col 4,7-17; Flm 23-24).

Pablo, por tanto, no fue rehén de los medios tradicionales de comunicación, como la predicación y la catequesis orales. Fue innovador en el campo de la evangelización, introduciendo en sus actividades pastorales una nueva forma de comunicación, la carta. Reconozcámoslo, gran parte de la memoria de su actividad pastoral y de su teología nos ha llegado gracias a las cartas que escribió.

Tanto aquí como más adelante, cuando trataré de la relación “Pablo y las mujeres”, conviene recordar la capacidad de Pablo para coordinar una red de colaboradores, tema urgentísimo para la sobrevivencia y el crecimiento de nuestra Congregación y misión en el mundo. El comienzo de la carta a los Colosenses (suponiendo que sea una carta de Pablo) muestra que nuestro Padre no hacía cuestión de estar físicamente presente en todas las comunidades. De hecho, ahí aparece Epafras, “compañero de servicio” de Pablo y fundador de una comunidad en Colosas, a la que Pablo se siente profundamente ligado mediante la amistad existente entre él y Epafras. Este tema nos invita a fomentar cada vez más la cooperación apostólica, sobre todo con los laicos.

7. Lenguaje inculturado en las grandes ciudades

Jesús de Nazaret creció, vivió y predicó la proximidad del Reino en una región relativamente pequeña llamada Galilea. Marcos lo muestra llegando de Nazaret (cf Mc 1,9) y regresando a Galilea (cf Mc 1,14), donde anuncia su programa de vida (cf Mc 1,15). Los evangelios sinópticos lo presentan como un adulto que va a Jerusalén solamente en los días finales de su vida terrena, es decir, su pasión, muerte y resurrección. De Nazaret, aldea donde creció, poco se sabe, pues el Antiguo Testamento la ignora. Natanael (cf Jn 1,46) deja entrever los preconceptos que pesan sobre quien tiene sus raíces en esa oscura aldea de Galilea.

El pueblo Nazaret reconoce a Jesús desde su infancia y lo reconoce como *tehton* (cf Mc 6,3), palabra griega que normalmente traducimos como carpintero, pero que tiene una gama mayor de significados, abarcando también el herrero y el perito en trabajar con piedras. Como *tehton*, ciertamente Jesús recorrió Galilea, Decápolis y Fenicia buscando trabajo, acontecimiento que probablemente explica por que, más tarde, cuando comienza el anuncio de la proximidad del Reino, se encuentre cómodo en cualquier casa en la que entra, igualmente territorio pagano (cf Mc 7,24ss).

El mundo cultural de Jesús se limita prácticamente a Galilea y, más específicamente, a los campesinos galileos, destinatarios de su palabra. De acuerdo con Marcos, su lenguaje está ligado a la tierra (cf Mc 4,3ss; 12,1ss) y al mar, las dos realidades de donde los galileos tenían el sustento cotidiano. En pocas palabras, Jesús fue un hombre ligado a la cultura rural, a lo cotidiano del pueblo de las aldeas. Es extraño que los evangelios no digan nada de la relación de Jesús con ciudades mayores y “modernas” como Séforis y Cesarea, por ejemplo.

Pienso, querido cohermano Paulino, que, de acuerdo con los sinópticos, Jesús raramente contactó ni se confrontó con otras culturas. Pablo, por el contrario, es judío de la Diáspora, hombre nacido en una gran ciudad y frecuentador de los grandes centros urbanos del imperio romano (Tarso, las dos Antioquías, Éfeso, Filipos, Tesalónica, Atenas, Corinto, Roma...). Parte de su estrategia pastoral consistía en llegar a los grandes centros urbanos, crear allí un núcleo cristiano capaz de generar otros núcleos (cf 2Cor 10,15-16) y partir para otras fronteras, no aceptando fácilmente recoger donde otros sembraron (cf Rom 15,23). Se desespera con la morosidad de los corintios, que discuten entre sí, sin llevar a término la misión de ser fermento fecundo en Acaya (cf 2Cor 10,16). Pienso que aún no hemos descubierto la importancia, para nosotros, del tema “Pablo y la gran ciudad” y sus desafíos para nuestra Congregación. A veces tenemos la sensación de que el pionerismo de nuestro Padre no tiene ya razón de ser.

Pablo se interesó poco por las aldeas, convencido de que, antes o después, las aldeas recibirían el mensaje por la acción capilar de las comunidades nacidas en los grandes centros urbanos (es lo que desea en 2Cor 10,16 y, en parte realizado, pues 2Cor 9 parece ser un billete circular para las comunidades de Acaya). Su interés se centra en las mayores ciudades. Esta opción, sin embargo, viene acompañada de desafíos. Para entenderlos bien basta pensar en nuestros días y en nuestras metrópolis. La gran ciudad produce una cultura que tiene poco que ver con el campo. Hoy hay niños que ignoran totalmente de donde proviene n los alimentos que les sustentan. Basta ver como los niños de nuestras metrópolis se fascinan con las delicias de la naturaleza, los animales y las plantas, de donde el agricultor saca el alimento que sustenta a todos.

Algo semejante, aunque en menor escala, acontecía en tiempos de Pablo. El hombre urbano tenía otro cuadro de referencia, otra visión del mundo, otra cultura. A ese hombre concreto se dirige Pablo, aceptando el desafío de hablar de un hombre de campo (Jesús) para personas de cultura urbana.

¿Fue bien aceptado nuestro Padre? Creo que sí. Si tú, querido cohermano Paulino, lees las cartas de Pablo con tal preocupación, ciertamente constatarás su esfuerzo por hablar adecuadamente a personas de otra cultura. Parece que no le resultaría demasiado difícil, ya que era ciudadano de Tarso, en la época gran centro productor de cultura urbana. La dificultad mayor tal vez sea nuestra, si somos de origen campesino, al intentar pasar de la cultura rural de los evangelios a la cultura urbana de nuestras megalópolis.

Te presento a continuación una muestra de como Pablo tiene un lenguaje inculturado o, mejor dicho, recrea el mensaje a partir de los valores culturales de la gran ciudad. Habla, por ejemplo, de arquitecto (cf 1Cor 3,10-17), de los espectáculos en las arenas (cf 1Cor 4,9; compara con 2Cor 4,8-10), del pedagogo (cf 1Cor 4,15), de la compra (amortización) de esclavos en el mercado (cf 1Cor 6,20; 7,23; Gál 3,13; 4,5; Rom 3,24). En sus escritos están presentes las competiciones deportivas, elemento tan extraño para la cultura judaica de la época (atletismo: cf 1Cor 9,24-27; Flp 3,13-14; 2Tim 4,7; boxeo: cf 1Cor 9,26b). Toma como parámetro el soldado (armado: cf Ef 6,10-17; vencedor: cf 2Tim 4,7); habla de los instrumentos musicales (cf 1Cor 14,7-8); conoce y sabe que el pueblo aprecia la parada militar de los generales vencedores (cf 2Cor 2,14-16). Toma como ejemplo las “columnas” de los hechos memorables de los jefes de Estado para hablar de los “hechos” propios de los que se siente orgulloso (cf 2Cor 11,23-28; compáralo con la columna de Trajano, en el centro histórico de Roma).

Consiguientemente, tenemos delante un gran desafío cultural, pues la mayoría de la población, en la mayoría de los países, se concentra en grandes centros urbanos, generadores de una cultura que ya no dialoga con la cultura rural presente en los evangelios. ¿No será el caso de que estudiemos mejor las cartas de nuestro Padre para ser más eficaces en nuestra misión?

8. Abertura al pensamiento del tiempo: La búsqueda de la verdad

Tú sabes, querido cohermano Paulino, que en estos dos mil años se han hecho varias lecturas de Pablo. Algunas, infelizmente, distorsionadas o al servicio de preconceptos, inclusive teológicos. Es el caso, por ejemplo, de la lectura dogmatizante de los textos de Pablo. Con *lectura dogmatizante* pretendo decir esto: a veces, para justificar una posición o declaración dogmática posterior, se recurre a los textos de Pablo, como si fuesen la base bíblica de sustentación de esa declaración dogmática. Quien hace esto supone que Pablo pensase exactamente igual que él. El riesgo de este procedimiento es enorme, porque alguien puede pretender que Pablo justifique posiciones dogmáticas que, en realidad, no formaban parte de sus cotidianas preocupaciones pastorales por las comunidades.

Con ese procedimiento transformamos profundamente el perfil de nuestro Padre. Él deja de ser alguien que dialoga y busca junto con otros la verdad, para hacerse el dueño de la verdad, alguien que tiene respuestas rápidas para todos los problemas que afectan a la vida de las comunidades y de la propia humanidad. Pablo sigue siendo para algunas personas, aún hoy, el dueño de la verdad. Debes imaginarte, querido cohermano Paulino, como esa fotografía extraña de nuestro Padre sea rechazada por nuestro mundo posmoderno fragmentado, en el cual cada persona busca construir su verdad, recusando los que se presentan como portadores de verdades prontas y acabadas. Si lo que estoy diciendo tiene un poco de razón, percibirás como nuestro Padre puede volverse antipático al mundo posmoderno de hoy, marcado, entre otras cosas, por la subjetividad.

No pretendo relativizar todas las cosas, como si Pablo no fuese hombre de profundas convicciones. Ciertamente, tenía un amplio abanico de convicciones profundas que orientaban sus acciones y las cartas que escribió. No procede aquí desarrollarlas, pues estoy seguro que, en mayor o menor grado, todos las conocemos. No se trata de argumentar sobre las diferencias entre convicción y certeza. Interesa,

primero, reconocer en Paulo alguien abierto al diálogo y a la búsqueda frecuente de la verdad.

Por mi parte, aún corriendo algún riesgo, prefiero ver y presentar a nuestro Padre común como un hombre de diálogo con el mundo y la cultura de su tiempo. Continuar presentándolo como maestro de la verdad es continuar viéndolo como un fariseo intransigente. Como fariseo, sí, Pablo era portador y defensor de un conjunto de verdades intocables. (Constata, por ejemplo, aquel que parece ser un principio farisaico intransigente en Col 2,21). Como seguidor de Jesucristo, me parece que esa postura rígida e intransigente desaparece. Como cristiano, Pablo es más tolerante y abierto al diálogo que como fariseo.

Es edificante, por ejemplo, leer lo que dice en su primera carta, cuando orienta a la incipiente comunidad de los tesalonicenses sobre como comportarse en una sociedad pluralista: *‘No apaguéis el Espíritu. No despreciéis las profecías. Examinadlo todo, y quedaos con lo bueno’* (1Tes 5,19-21). Evidentemente la exhortación estaba destinada en primer lugar a las relaciones dentro de la comunidad. Pero podemos preguntarnos si de algún modo eso no refleja la busca común de la verdad, pudiendo, a veces, extrapolar la propia comunidad. Desde el punto de vista temático, la exhortación parece ser eco de la postura respetuosa y tolerante de Gamaliel, profesor de Pablo según los Hechos de los Apóstoles (cf He 5,34-39; 22,3).

Mayor interés tiene todavía la oración de Pablo en Flp 1,9-10: *‘Esto le pido: que vuestro amor crezca cada día más en perspicacia y en sensibilidad en todas las cosas. Así podréis distinguir lo más perfecto, a fin de que seáis íntegros e inocentes para el día de Cristo’* (Flp 1,9-10). Téngase en cuenta que *distinguir* se dice *dokimazein*, verbo normalmente usado para *atestiguar* pronunciamientos proféticos; *lo que es mejor* se dice *ta diapheronta*, y significa literalmente “las cosas que difieren”; esta expresión está muy ligada a la ética estoica (o sea, al principio de *adiaphora* = cosas que no son buenas sin más). Pablo cree que los filipenses pueden descubrir por sí mismos lo que es mejor para ellos.

Asimismo cuando Pablo ha tomado algunas decisiones firmes y no tiene marcha atrás, como en lo relatado en 1Cor 5, siente la preocupación por involucrar a la comunidad, de tal modo que la decisión sea fruto del consenso. Conviene recordar que, en el campo de la ética, Pablo es severo únicamente en cuestiones de abusos sexuales y en la idolatría. En todo lo demás, siempre insiste en la importancia de la libertad cristiana.

El deseo de buscar juntos aparece en muchos textos, como por ejemplo en el gran esfuerzo de dialogar con la cultura helenística en lo referente a la resurrección de los muertos (cf 1Cor 15), tema muy difícil para ser aceptado por personas de mentalidad griega. En la carta a los Colosenses (considerada por algunos como no escrita por Pablo) se puede detectar, por un lado, el respeto por la cosmovisión diferente (Pablo no discute ni niega la existencia de eones) y, por otro, se constata el deseo de que todos se encuentren en torno de la verdad.

Como hemos visto anteriormente, Pablo descubre valores en otras culturas y los hace suyos, recomendando a las comunidades que hagan lo mismo. Así sucedió con la *autarquía* y la *ataraxia* de las escuelas filosóficas importantes de la época. El mismo Lucas nos presenta a Pablo en contacto con epicúreos y estoicos (cf He 17,18), las dos principales escuelas filosóficas de la época. En el discurso ante el areópago, Lucas lo presenta citando a Arato, poeta del tercer siglo antes de Cristo: *‘Somos de la raza del*

propio Dios” (He 17,28; pensamiento que se encuentra también en Cleanto). Además, sería importante prestar atención al modo como Lucas presenta a Pablo en diálogo con las culturas a lo largo de la segunda parte de los Hechos. (Observa, por ejemplo, la información de Hechos 19,9: “... *diariamente Pablo enseñaba en la escuela de un hombre llamado Tirano*”).

El dogmatismo refleja la hipótesis de que las cartas de Pablo sean textos ocasionales, la mayoría de ellos condicionados a una cultura y unos lugares bien determinados.

Pablo no gustaba llamarse “maestro (*didaskalos*) de las naciones” (*doctor gentium*). Este título únicamente aparece en una carta deuteropaulina (1Tim 2,7; cf 2Tim 1,11) y no tiene el peso de alguien que sabe todo, sino que más bien corresponde a una especie de “campeón de la evangelización entre los paganos”. Si no quería llamarse “maestro”, ¿cuál sería su preferencia? Parece que los títulos que más apreciaba eran los de “padre” y “madre” de las personas y comunidades que fundó (observa, por ejemplo, 1Tes 2,7.11-12; 1Cor 4,15-16; 2Cor 6,13; 12,14-15; Gál 4,19). Se siente más cómodo como padre y madre que como maestro o doctor. En este sentido, es importante subrayar un detalle: 1Cor 9,4-6.12.18 es la sección en la que Pablo utiliza más la palabra *exousia* (poder/autoridad), y es justamente en este capítulo donde utiliza con energía todas las prerrogativas o privilegios del título “apóstol” y de la autoridad proveniente de él.

El tratamiento más usual en las cartas de Pablo es el de “hermano”. Parece que él fue el creador de esta nueva mentalidad entre las comunidades cristianas. “Hermano”, evidentemente, genera relaciones nuevas, de iguales. Merece la pena recorrer todas sus cartas para subrayar esta y otras modalidades fraternas de relacionarse.

9. El trabajo con las mujeres

El tema de las relaciones nos sugiere, querido cohermano Paulino, considerar brevemente el talante de como nuestro Padre se relacionaba con las mujeres. Aquí también nos anima una tarea importante. En primer lugar libertar a Pablo del estigma de misógino y, después, seguir sus pasos, no ignorando la herencia carismática de nuestro Fundador al respecto.

El tema “Pablo y las mujeres cristianas” es bastante amplio a lo largo de sus cartas y está condicionado culturalmente. La propia lectura bíblica que hace para justificar ciertas actitudes es deudora del tiempo, de la cultura y de su visión personal de las cosas (por ejemplo la “exégesis” de 1Cor 11,2-16).

El hecho de que Pablo se separe de la sinagoga (no es posible datar claramente la separación; tal vez haya sido un proceso demorado) fue de capital importancia para la emancipación de la mujer cristiana. En efecto, si en la sinagoga ella apenas tenía una función pasiva, no se puede decir lo mismo en cuanto a la casa. Aquí ella se siente cómoda, es “dueña de casa”, puede acoger a las personas, coordinar y presidir la iglesia doméstica que se reúne bajo su techo. Tal es el caso, por lo que todo indica, de Lidia en Filipos (cf He 16,11-15). Merece la pena tener presente que, más tarde, escribiendo a los Filipenses, Pablo pide a dos mujeres, Evodia e Síntique, que hagan las paces (cf Flp 4,2). La primera iglesia doméstica europea, ¿estaría bajo el liderazgo de estas dos mujeres? El comienzo de la carta (cf Flp 1,1) habla de “dirigentes” (*episcopoi*) y “diáconos”, que no corresponden exactamente a las órdenes sagradas que tenemos hoy

(episcopado y diaconado). Entonces, ¿cuál habría sido la función de esas mujeres en la comunidad? ¿Por qué Pablo acepta, una vez más, ayuda económica de los Filipenses? (observa Flp 4,10-20; 2Cor 11,9). ¿Por qué la carta está entre las primeras en cuanto a ternura, afecto y alegría?

Los textos referentes al tema son varios. Como podremos constatar, Pablo tenía un aprecio inmenso por las mujeres, y considerarlo misógino o antifeminista es, como mínimo, injusto. Se puede afirmar que su visión acerca de las mujeres estaba culturalmente condicionada (como la nuestra). Con todo, dio pasos gigantescos dentro de un contexto claramente patriarcal y de exclusión de la mujer.

Cuando tocamos el tema, pienso que se debe partir de una gran convicción que animó toda su vida y que está plasmada en Gál 3,28: *“No hay diferencia entre judío y griego, entre esclavo y hombre libre, entre hombre y mujer, pues todos vosotros sois uno en Cristo Jesús”* (Gál 3,28). Aquí está el punto de partida de toda la reflexión sobre el tema “Pablo y las mujeres cristianas”. El estudio del aludido versículo apunta a una fórmula bautismal que las comunidades de Pablo conocían. En otras palabras, cuando los adultos eran bautizados e introducidos en la comunidad cristiana, lugar en el que se viven nuevas relaciones y se genera algo nuevo, recibían el “programa de vida” a seguir: suprimir todas las discriminaciones y exclusiones provenientes de la raza, condición social o género. Todos estaban incluidos, nadie podía sentirse excluido. Así pensaba Pablo respecto de las mujeres. ¿Consiguió ponerlo en práctica? Sí y no. Intentemos descubrirlo.

Antes de nada, recordemos que él mismo se compara, en alguna ocasión, a la madre que nutre o que da a luz (cf 1Tes 2,7-8; 1Cor 3,2; Gál 4,19). En el original griego de la carta a Filemón aparece tres veces la palabra “entrañas”, característica femenina, traducida de diversos modos en nuestras versiones. En la primera ocasión se refiere a las entrañas de los cristianos, consolados por la solidaridad de Filemón, en las otras dos se refiere a Pablo (cf Flm 1,7.12.20).

Un texto importante para profundizar el tema es el capítulo 16 de la carta a los Romanos. Recordemos que los estudiosos dudan si este capítulo forma parte de la carta. Algunos simplemente lo consideran un texto aparte; otros piensan que todos esos colaboradores citados se encuadrarían mejor si el lugar fuese Éfeso y no Roma. La discusión no es importante para nuestro caso. Sí nos importa subrayar la cantidad de mujeres citadas por Pablo y el explícito agradecimiento que manifiesta hacia ellas.

En primer lugar recordemos a Febe, diaconisa de la iglesia de Cencreas (cf Rom 16,1-2). Tal vez sea la única diaconisa citada en los textos paulinos (mira, no obstante, lo que se dice de 1Tim 3,11). Como se sabe, Cencreas era uno de los puertos de Corinto. Febe, sin duda alguna, era “hija” de san Pablo. La mayoría de los estudiosos piensan que fue la portadora de la carta a los Romanos y, más aún, la organizadora del viaje de Pablo a España (cf Rom 15,24.28). Tal vez por eso Pablo, además de pedir a los romanos que la acojan, añade esta orientación: *“Os recomiendo que la ayudéis en todo lo que necesite, porque también ella ha ayudado a muchos, y en particular a mí”* (Rom 16,2b). Si Pablo no fuese capaz de estimar y valorar la capacidad de las mujeres no habría actuado así.

A continuación cita el matrimonio Prisca (Priscila) y Áquila, compañeros de los tiempos de Corinto (cf He 18,2-3) y de Éfeso (cf He 18,18-21). Las aventuras de este matrimonio por motivo del evangelio son conocidas. Expulsado de Roma, convive con Pablo en Corinto y en Éfeso, y regresa a Roma. En la cultura de entonces, era costumbre

citar primero el nombre del marido y después el de la esposa. En Rom 16,3 Pablo se salta el protocolo y cita primero a la mujer (Prisca) y después al marido. Este perspicaz detalle nos hace pensar que Prisca se habría empeñado más que su esposo, y Pablo lo reconoce así.

Manda saludos a María y reconoce su trabajo realizado en favor de las comunidades (cf Rom 16,6). Recuerda otro matrimonio, Andrónico y Junia, de los cuales nada se sabe a no ser lo que se dice aquí: se convirtieron antes que Pablo, fueron sus compañeros de prisión y son parientes suyos, tal vez simplemente “judíos” (cf Rom 16,7). Se debe notar un detalle: Pablo llama a este matrimonio “*apóstoles importantes*”. Se sabe que, en aquel tiempo, había un grupo conservador de cristianos, ligado a la iglesia de Jerusalén, que consideraba *apóstol* solamente a quien perteneció al grupo cerrado de los Doce. Al respecto, Pablo es extremadamente libre. No recela en definirse como apóstol y, más aún, atribuye dicho título también a una mujer (Junia). Algunos manuscritos antiguos, escandalizados por esto, corrigieron el nombre femenino Junia por el masculino Junias, intentando así resolver dos cuestiones: una mujer llamada apóstol y haber sido compañera de prisión, durante cierto tiempo, de Pablo.

Trifena, Trifosa y Pérsida (cf Rom 16,12) son recordadas por sus características. Las dos primeras (tal vez gemelas), debido a su trabajo; la otra, por su cariño. La madre de Rufo (cf Rom 16,13), sin nombre, es una especie de madre adoptiva de Pablo. Nada sabemos de su madre física, pero tenemos la certeza de que sentía cariño por quien lo adoptó como hijo. Las últimas mujeres citadas, Julia (tal vez esposa de Filólogo), la hermana de Nereo y Olimpia son citadas, junto con varios hombres, sin una característica específica (cf Rom 16,15).

Son 11 mujeres. Analizando sus nombres descubrimos que entre ellas había judías y no judías, nacidas libres y esclavas libertas, algunas mujeres de alto nivel social y otras del pueblo.

Un texto que nos hace pensar es 1Cor 11,2-16, conocido como “el velo de las mujeres”. Este texto, en el que Pablo se enreda en una extraña exégesis, de tipo rabínico, ha suscitado múltiples discusiones y distorsiones interminables. Al final de sus argumentos Pablo proclama la igualdad de la mujer y del hombre delante de Dios (cf 1Cor 11,12), pero termina enrollándose de nuevo con la exégesis rabínica (cf 1Cor 11,13-16).

Si, eliminando los condicionamientos culturales, quisiésemos quedarnos con lo que realmente cuenta, pienso que deberíamos titular este párrafo más o menos así: “Las mujeres profetizan”. En realidad, aquí radica la gran novedad para las mujeres de Corinto: ellas pueden profetizar. Consiguientemente, examinando la importancia que Pablo confiere a este ministerio o carisma, bien se puede reconocer que el principio de Gál 3,28 también aquí fue respetado. El problema de fondo radica en que muchas personas se quedaron con el condicionamiento cultural, es decir, con usar o no usar el velo para profetizar, olvidándose que la mujer puede profetizar en pie de igualdad con los hombres. La aberración aún hoy sigue vigente: la mujer continua usando el velo y se encuentra impedida para profetizar en la asamblea litúrgica. Así se hizo norma lo que era un mero condicionamiento cultural. De este modo fue abandonado lo defendido por el principio de Gál 3,28.

En Corinto (y solamente ahí) usar velo tenía importancia para Pablo. Era una señal de que la mujer podía profetizar sin que alguien la tomasen por oportunista o algo peor. Pablo ordena a las corintias usar velo porque desea preservar su dignidad.

Recordemos, con todo, que se trata de un simple dato cultural y que en otro contexto esa norma desaparece.

Un poco más adelante, en la misma carta a los Corintios, hay un párrafo que parece contradecir lo anterior. Este texto pertenece al contexto litúrgico y dice: *“Las mujeres en las reuniones que se callen, como se hace en todas las iglesias de los cristianos, pues no les está permitido hablar. Y si quieren aprender algo, que pregunten en casa a sus maridos, pues no está bien que la mujer hable en las asambleas”* (1Cor 14,34-35).

No hay contradicción entre un texto y otro. Estamos delante de una dura realidad de las comunidades de Corinto donde, por lo que conocemos, las mujeres no habían tenido las mismas oportunidades de *educación* que los hombres. El principio de Gál 3,28 no podía ser aplicado por causa del desfase concreto existente en la comunidad: las mujeres estaban claramente en desventaja con relación a los hombres en cuanto a la *educación*. Téngase en cuenta que el contexto es de celebración y que Pablo simplemente dice: *si las mujeres quieren aprender algo, pregunten en casa a sus maridos*. Contra la desventaja de las mujeres, se crea un nuevo espacio (la casa) donde las mujeres, con la ayuda de los maridos (culturalmente más provistos en la ciudad de Corinto) recuperan el ideal de igualdad soñado. La casa, y no la celebración, se convierte en el lugar donde las mujeres reciben una educación personalizada, para que el desnivel desaparezca. La celebración continua siendo celebración, y no el lugar de preguntas interminables. Entonces, podemos preguntarnos: Las mujeres, terminada la educación en las casas, ¿continuarían calladas en las celebraciones?

Un texto semejante se encuentra en la primera carta a Timoteo. Los que rechazan el texto, afirmando sin más que no es de Pablo, ignoran que igualmente se mantiene la prohibición de hablar. Por tanto, es mejor enfrentarlo, sea o no un texto de Pablo. El contexto es igualmente litúrgico: *“La mujer se debe dejar instruir en silencio con toda sumisión. No tolero que la mujer enseñe o domine al hombre. Por tanto, que esté callada, pues Adán fue formado primero, luego Eva. Y no fue Adán el engañado, sino la mujer la que se dejó engañar y cayó en pecado. No obstante, se salvará por su condición de madre, si persevera con modestia en la fe, en el amor y en la santidad”* (1Tim 2,11-15). Aquí, como en 1Cor 14,34-35, se trata de *educación*. Además de los condicionamientos culturales del texto, es importante recordar que en las comunidades confiadas a Timoteo, tal vez por el mismo desfase apuntado en Corinto, la educación había sido confiada únicamente a los hombres. Las mujeres, por lo que parece, ejercían el papel de servidoras, como sugiere la probable *diaconía* de 1Tim 3,10-11. El principio de Gál 3,28, por tanto, de nuevo estaría siendo respetado, a pesar de la nítida separación de los ministerios, quedando asignada la educación exclusivamente a los hombres, por imperativo de las circunstancias.

El párrafo Ef 5,21-33 habla de la relación marido-mujer, proclamando la absoluta igualdad entre los sexos delante de Dios: *“Respetaos unos a otros por fidelidad a Cristo”* (Ef 5,21). Sin embargo, teniendo en cuenta que la carta se refiere a la relación Iglesia-Cristo, la mujer acaba siendo subordinada al marido. Este texto, eclesiológicamente correcto, pues la Iglesia siempre estará sometida a Cristo, está condicionado culturalmente. Ciertamente, si el autor del texto viviese hoy, desmembraría los dos casos, sin construir la relación esposa-esposo sobre la relación Iglesia-Cristo. El condicionamiento cultural apoyó el principio de Gál 3,28. Con todo, el

texto da importantes pasos adelante, sobre todo cuando dice que el comportamiento del marido para con la esposa debe proyectarse en la acción de Cristo en favor de la Iglesia.

En 2Tim 3,6-7 hay un texto que desenmascara a los hombres de mente corrompida que se aprovechan de la religión para explotar a los débiles. El texto, sin lugar a dudas, tiene un cierto aire despreciativo hacia algunas mujeres, llamándolas “mujezuelas” y presentando sus debilidades: *‘Pues los hay que se introducen en las casas y cautivan a mujezuelas cargadas de pecados; que se dejan llevar de toda clase de concupiscencias, que siempre están aprendiendo sin poder llegar jamás al conocimiento de la verdad’* (2Tim 3,6-7). El contexto es amplio y se refiere también a la educación cristiana. Está culturalmente condicionado y es despreciativo con relación a algunas mujeres que, si fuesen de verdad débiles y estuviesen tan endebles, deberían recibir mayor atención por parte de Timoteo. El contexto, sin embargo, llama la atención de los especuladores y de los oportunistas, los hombres encargados entonces de la educación. Aprovechándose de las debilidades de algunas mujeres, en nombre de la religión cometen las mayores atrocidades.

El tema “Pablo y las mujeres cristianas” es mucho más amplio de todo cuanto hemos dicho aquí (observa, por ejemplo, la organización de las viudas en 1Tim 5,3-16 y lo que se dice de la tercera edad en Tito 2,3-5). Además, Pablo aún cita otras mujeres, como Cloe (cf 1Cor 1,11) y Apia, esposa de Filemón (Flm 1,2). Con todo, lo poco que se puede ver parece dar la razón al principio establecido en Gál 3,28 y tal vez todavía podamos aprender algo de él.

10. Visión igualitaria de la sociedad

Querido cohermano Paulino, uno de nuestros mayores desafíos en la lectura de Pablo vivo hoy es, sin duda, la visión que nuestro Padre tenía de la sociedad en general y, en concreto, de la esclavitud en el contexto del imperio romano. Ciertamente habrás leído o habrás oído decir que Pablo era indiferente delante de tan cruel situación. También habrás sentido alguna vez como esas situaciones nos pueden insensibilizar ante las grandes cuestiones que afectan a la humanidad, en el caso de que seamos también indiferentes a las antiguas y nuevas formas de esclavitud de nuestro tiempo. Por tanto, parece oportuno preguntarnos como evangelizaríamos con esa mentalidad. No olvidemos el carácter de totalidad que caracterizó la vida de nuestro Fundador: dar al Cristo total al hombre total. Por eso creo que es importante que volvamos nuestra mirada hacia una visión igualitaria de la sociedad, ya presente en los escritos de nuestro Padre, aunque sea de forma incipiente.

1. Pablo y la esclavitud. A pesar de vivir en un ambiente imperialista apoyado por la fuerza de las armas que generan esclavitud (pérdida de la libertad) y explotación (pérdida de los bienes), sustentadas por la ideología de la “paz romana”, Pablo mantuvo bien alto el primado de la libertad, como si quisiese decir a todos: Sin libertad no existe persona, ni cristiano, ni comunidad, ni Cristo. Es clásica la afirmación de Gál 5,1: *‘Cristo nos ha libertado para que seamos verdaderamente libres. Por tanto, permaneced firmes y no os dejéis poner de nuevo el yugo de la esclavitud’*. (Gál 5,1).

La frase tiene una afirmación categórica, es una de las grandes convicciones de Pablo, tal vez la mayor o la primera. La acción de Cristo en favor de los cristianos es esencialmente un acto de liberación. ¿Sería mera liberación espiritual, del pecado? Claro que no. La liberación es plena, total, irreversible. No olvidemos que los gálatas,

en su casi totalidad, eran efectivamente esclavos. Formaban comunidades de personas esclavizadas y, lo que irrita aún más, altamente codiciados en los mercados de esclavos diseminados por las grandes ciudades del imperio. Un esclavo gálata costaba mucho más que los otros, era un “artículo de primera”.

Pablo saca algunas conclusiones de la situación, ordenando que no se sometan “*de nuevo*” al jugo de la esclavitud. Ciertamente, a continuación muestra cual es su preocupación principal, es decir, la cuestión de los judíos-cristianos que, con la imposición de la Ley y de la circuncisión, esclavizan de nuevo a quienes habían sido libertados en Cristo y por Cristo. La acción de Cristo nos libertó para siempre, pero las personas pueden hacerse nuevamente esclavas. Y cualquier forma de esclavitud hiere la acción fundamental de Cristo en favor de las personas.

En la misma carta a los Gálatas tenemos una importante convicción de Pablo, ya acentuada: “*No hay diferencia entre judío y griego, entre esclavo y hombre libre, entre hombre y mujer, pues todos vosotros sois uno en Cristo Jesús*” (Gál 3,28). Esta es, probablemente, una fórmula bautismal usada en las comunidades de Pablo. Afirma categóricamente la eliminación de todas las desigualdades para mostrar claramente los resultados de la libertad proporcionada por Cristo Jesús. En él nos hacemos una sola cosa, desapareciendo las diferencias procedentes de la raza (diferencia entre judío y griego, modo tradicional utilizado por los judíos para dividir la humanidad en dos bloques); desapareciendo las diferencias de clase (esclavo y hombre libre, las dos formas de dividir socialmente la humanidad); y desaparecen también las diferencias procedentes del género (hombre y mujer). Notemos, en lo que se refiere a la esclavitud, que no es posible “espiritualizar” la cuestión, como si pudiésemos decir que se trata de liberación espiritual, del pecado, etc., pues en este supuesto deberíamos preguntar quienes serían los “libres”.

Si la cuestión nació realmente de la catequesis bautismal de Pablo y de sus sueños de libertad, es interesante analizar mejor lo que hacemos, lo que decimos y lo que queremos cuando nos implicamos en el bautismo de los futuros cristianos. ¿Qué programa de vida anunciamos? ¿Qué catequesis presentamos? ¿Qué convicciones sustentamos? Todo nos lleva a creer que Pablo sembraba en el corazón de las personas (adultos, evidentemente) y de las comunidades un ideal libertador destinado a producir frutos.

Entonces, nos preguntamos, ¿por qué no se concretizaron inmediatamente todas estas cosas? Probablemente porque existía un gran abismo entre la consciencia (convicción del primado de la libertad) y la práctica, marcada por la esclavitud. Pablo, cuando no podía con el dragón de la esclavitud, sembraba sueños de liberación y de libertad en Cristo. Es lo que podemos ver en sus cartas. Concretamente, muchas veces encontró cristianos esclavos de patrones no-cristianos. Parece ser el caso de las exhortaciones de Ef 6,5-9 y Col 3,22-4,1 (lo mismo no acontece en 1Tim 6,1-2). Imposibilitado de abolir el sistema social de la esclavitud, introdujo dos principios que deben regir las relaciones entre señores y esclavos: el mutuo respeto (un esclavo obediente y un patrón que deja de lado las amenazas) y un único señorío para ambos: de Cristo Jesús, que no hace distinción de personas. El esclavo, al obedecer, no hace distinción, como si estuviese obedeciendo a Cristo; y el patrón, al dejar de amenazar, se aproxima a los gestos del Señor, que no hace distinción de personas (la ventaja, evidentemente, continua siendo del patrón, pero las diferencias por lo menos fueron escuchadas): “*Esclavos, obedeced a vuestros amos temporales con respeto, lealtad y de*

todo corazón, como si fuera a Cristo; servidles no sólo cuando os ven, como para quedar bien con ellos, sino como esclavos de Cristo, haciendo de corazón la voluntad del Señor; servidles de buena gana, como si fuera al Señor y no a los hombres, considerando que el Señor retribuirá a cada uno todo el bien que haga, lo mismo al esclavo que al libre. Y vosotros, amos, haced con ellos las mismas cosas, dejándoos de amenazas, considerando que ellos y vosotros tenéis un mismo amo en el cielo, para el que todos son iguales” (Ef 6,5-9).

Tal vez hoy parezca poco, pero ciertamente fue una gran espina para los patrones insensibles. Así Pablo comenzaba a quebrar la espina dorsal de la esclavitud, columna y sostén de la economía del imperio romano.

El discurso de Pablo se torna más incisivo cuando conoce de cerca la situación de las comunidades y de las personas a las que escribe. Tal es el caso de la primera carta a los Corintios y de la carta a Filemón.

En 1Cor 12,13 encontramos abreviada la fórmula de Gál 3,28: *“Porque todos nosotros, judíos y griegos, esclavos y libres, fuimos bautizados en un solo Espíritu, para formar un solo cuerpo. Y todos hemos bebido del mismo Espíritu”* (1Cor 12,13). Conociendo bien la comunidad que fundó (los esclavos de Corinto llegaban a dos tercios de la población), tiene condiciones para estimular a los esclavos para que adquiriesen la libertad: *“¿Fuiste llamado siendo esclavo? No te preocupes. Aunque si tienes ocasión de conseguir la libertad, debes aprovecharla; porque la llamada del Señor hace libre al esclavo y esclavo de Cristo al libre. A gran precio fuisteis comprados; no os hagáis esclavos de los hombres”* (1Cor 7,21-23). Esta es la instrucción más clara que Pablo dirige a los esclavos. La *redención* de Cristo (palabra técnica que designaba la adquisición de esclavos en el mercado) es definitiva e irreversible.

No sabemos como los esclavos conseguirían hacerse efectivamente libres. En la carta a los Romanos (Rom 12,8) se habla de alguien que “preside” (*proistamenos*) la comunidad. Tal vez la función se refiera a cristianos de cierto poder adquisitivo que “compraban” esclavos para libertarlos (cf Tito 3,8.14).

Aún más significativa es la carta a Filemón. Se trata de un texto dirigido al patrón Filemón en favor del esclavo Onésimo. Pablo se consideró su “padre”, engendrándolo en la prisión, es decir, bautizándolo. En la carta pide que Filemón acoja a Onésimo no ya como esclavo sino como *hermano*. Onésimo (nombre que significa *útil*), en cuanto esclavo era *inútil*. Como hermano y cristiano libre será extremadamente útil para Filemón. Pablo podía dar órdenes al respecto, pero prefería pedir por amor. El amor tiene sus propias leyes, más fuertes que los códigos fríos y externos. El amor de Pablo, Filemón y Onésimo dieron consistencia a la convicción de Pablo: *“No hay diferencia entre esclavo y hombre libre”* (Gál 3,28; cf 1Cor 12,13).

De esta forma, trabajando con las comunidades, Pablo comenzó a desmontar el mecanismo de la esclavitud. Podía dar órdenes a Filemón, pero creyó más en la fuerza del amor que en los decretos.

Querido cohermano Paulino, algunos pueden pensar que eso fue poco, pero creo que fue un buen comienzo. Nos quedaría por ver si en las comunidades cristianas de hoy ya fueron abolidas las nuevas formas de esclavitud o si más bien nos orientamos por el criterio de la “utilidad” o “inutilidad” del mercado neoliberal, que considera a las personas como cosas. ¿Cómo nos cuestiona esta problemática si queremos ser Pablo vivo hoy?

2. Pablo y los pobres. Estamos ante un tema es muy amplio, por lo que aquí simplemente me limitaré a algunas indicaciones, suficientes a mi modo de ver, para despertar nuestra consciencia y solidaridad delante de los dos tercios de la humanidad que pasan hambre, algo que iguala a todos, independientemente de la raza, religión, etc.

La preocupación de Pablo por los pobres de Jerusalén parece haber sido permanente, desde los comienzos de su actividad como evangelizador. Si esto fuese cierto, parece comunicarnos con ello que no podemos separar la evangelización de las preocupaciones del día a día por saciar a los hambrientos. Es como si quisiera afirmar que la evangelización no estará completa hasta que el hambre no haya sido erradicada de la faz de la tierra. Avanzando un poco más, podríamos afirmar que el compartir los bienes que garanticen la vida es un gesto eucarístico o que al menos nos introduce en los umbrales de la eucaristía.

Pablo, en la carta a los Gálatas, habla de su constante preocupación por los pobres desde los orígenes de su actividad de apóstol. Él refiere encuentro en Jerusalén con Santiago, Pedro y Juan (cf Gál 2,9), que podría haberse celebrado después de la “conversión” de Pablo o quizá pueda tratarse de lo que conocemos como “Concilio de Jerusalén” (narrado en He 15 y situado alrededor del año 49). En la versión de Pablo, Santiago, Pedro y Juan *“únicamente pidieron que nos acordásemos de los pobres, lo que he procurado hacer con el máximo interés”* (Gál 2,10).

La carta a los Gálatas fue escrita entre los años 53 y 55, y en el pasaje citado Pablo confiesa no haber abandonado su preocupación por los pobres, señal de que no separó la evangelización y la promoción social, expresa en la colecta para los pobres.

En 1Cor 16,1-2 Pablo ordena proceder a la colecta conforme a las orientaciones dadas a las comunidades de Galacia (la carta a los Gálatas no contiene estas orientaciones).

Los textos más interesantes para el desarrollo del tema están en 2Cor 8-9 (tal vez el capítulo 9 sea una carta circular para las comunidades de Acaya). Además de Acaya, los dos capítulos informan que Macedonia también participa de la gran colecta contra la miseria y el hambre, a pesar de que sus comunidades eran extremadamente pobres, sobre todo Filipos y Tesalónica (cf 2Cor 8,2). Así tenemos a Pablo como gran organizador de una campaña internacional e intercontinental (en Europa, Macedonia y Acaya, y en Asia, Galacia), en favor de los cristianos pobres de Jerusalén (Oriente Medio antiguo). Por este motivo Pablo atravesó peligros serios (cf Rom 15,25ss, sobre todo el versículo 31; cf He 20,3). También es interesante preguntarnos por que Lucas silencia lo referente a esta colecta (cf He 21,17-26), citándola apenas de puntillas en He 24,17.

Finalmente, querido cohermano Paulino, para completar el memorial de nuestro Padre en la cuestión “Pablo y los pobres”, no debemos ignorar que, en contacto directo con las comunidades de Corinto, sabiendo que en su mayoría estaban compuestas por personas pobres (cf 1Cor 1,26), él se presenta trabajando con las propias manos (cf He 18,1-4; 1Cor 4,12) y nunca aceptó mezclar la evangelización y el dinero, anunciando gratuitamente al Señor Jesús (cf 1Cor 9; 2Cor 10-13). Estos hechos, ¿tienen alguna importancia para nosotros?

CONCLUSIÓN

Querido cohermano Paulino, estoy llegando al final de lo que considero sea un esbozo de “un memorial de Pablo”. Habrás percibido que nuestro común desafío no consiste en hacer exégesis de los textos de nuestro Padre (pues eso ya lo han hecho muchos y competentes exegetas), si no en ser valientes y creativos en la hermenéutica, es decir, intrépidos e iluminados en percibir por donde caminarían los pasos de Pablo se viniese nuevamente a la tierra. Nuestra gran dificultad radica en dar un paso hermenéutico de calidad. Para ello es preciso tener la valentía de deshacernos, si fuera necesario, de una pesada capa de plomo que podemos llamar “tradición”. Si no somos capaces de hacer esta hermenéutica, difícilmente otros la harán por nosotros. Y convengamos todos que ahí nos jugamos la supervivencia como Congregación. Por tanto, es hora de arremangarnos y poner manos a la obra.

Los puntos reflexionados aquí podrían haberse multiplicado por dos o por tres. Con todo, no creo que lo más interesante sea abordarlos todos al mismo tiempo. Sí me parece urgente que despertemos para conseguir una nueva presencia de Pablo en este mundo posmoderno y para que tengamos el coraje de caminar con decisión. Entonces, como gustaba decir el Fundador, Dios irá encendiendo las lámparas en la medida en que caminemos. Es hora de olvidar lo que queda atrás y lanzarse en persecución de lo que está delante (cf Flp 3,13) sin perder nuestra vocación de pioneros. *‘Espero que con el progreso de vuestra fe aumentará nuestro trabajo entre nosotros, aunque dentro de los límites que Dios nos ha señalado; esperamos anunciar el evangelio a regiones más allá de las vuestras, pero sin invadir campos ajenos, para no presumir de trabajos que han hecho otros’* (2Cor 10,15b-16).

Pe. José Bortolini